

Hacia una historiografía de los medios de comunicación social venezolanos

Por: Tomás Straka

Profesor de "Historia y Prensa de Venezuela" Escuela de Comunicación Social UCAB

*"Deleite es escribir cosas dignas de leer o leer cosas dignas de escribir. Lo que es necesario que se sepa siempre, nunca está de más comunicarlo".
Lema de "El Diario de Caracas"¹*

Resumen

El presente artículo hace una evaluación, clasificación y ponderación de lo producido en Venezuela para la posible estructuración histórica de su periodismo y medios de comunicación. El autor divide en tres etapas fundamentales esta historiografía, concluyendo que es una rama en expansión de la ciencia histórica, lo que habrá de profundizarse en la medida que aumente la influencia de los medios de comunicación social en la sociedad, así como en la medida que se accedan a nuevas fuentes de indagación historiográfica.

Abstract

This article evaluates, classifies and measures different journalist products to get a historic structure of journalism and media in Venezuela. The author divides this historic study in three stages. He concludes that it is a growing branch of History. This area will be more profound when media increase influence on society and when new sources of historical inquiry are used.

1. Periódico aparecido entre 1837 a 1853. Sus editores fueron Tomás Antero y Fermin Toro.

1. Introducción

La importancia que los Medios de Comunicación Social han adquirido para la civilización contemporánea, no parece encontrar su justa correspondencia entre quienes cultivan la Ciencia Histórica. Si bien es cierto que existen algunos manuales sobre historia de las comunicaciones², o algunas alusiones al tema en trabajos de historia general, por lo común nos enfrentamos al hecho, insólito e inquietante, de que lo específicamente comunicacional aparece sólo de una forma tímida, si la comparamos con su trascendencia civilizadora: cuando no que está totalmente ausente, de buena parte de la historiografía contemporánea.

Cuando en 1980 Manuel Vásquez Montalbán señaló que al ponerse a escribir su famoso ensayo sobre historia de los medios de comunicación, desde el principio comprendió "que era quimérico plantearme una Historia de la Comunicación, habida cuenta de la carencia de información básica que hiciera posible tamaña fantasía", nunca pensó que diecisiete años después, al reeditarlo, se vería obligado a decir que "en la presente reedición ampliada suscribo lo antedicho"³. Es decir, para 1997 poco se había avanzado en lo referente a la producción de esa información historiográfica básica, necesaria para la redacción de una historia integral de los medios, en los centros académicos del Primer Mundo, lo cual llama poderosamente la atención. Y es que si no estuviera el hecho patente, aplastante de la globalización y la telemática –hecho que de paso está y se ha metido en cada minuto de nuestras vidas– la sola revalorización del estudio de las cotidianidades, la microhistoria y las mentalidades entre los historiadores, debió haber bastado para que se volcasen, en masa, al estudio de lo que representó la invención de la radio, la televisión, inclusive el teléfono, en la vida particular de las personas y en el desenvolvimiento de los colectivos: en sus actividades económicas, en la producción y transmisión de bienes culturales, en la cosmovisión socialmente compartida.

2. En español, los dos trabajos muy importantes son: el ensayo de Manuel Vásquez Montalbán, *Historia y Comunicación Social*, 2ª Edición, Barcelona, Editorial Crítica, 1997; y el estudio de los profesores Enric Bordeira, Antonio Laguna y Francesc A. Martínez, *Historia de la Comunicación Social. Voces, Registros y Conciencias*, Madrid, Editorial Síntesis, 1996.

3. M. Vásquez Montalbán, *Op. Cit.*, p. 9.

En Venezuela, obviamente, la situación es muy parecida. Es verdad que tenemos unas cuantas cosas, ciertamente muy valiosas, que nos narran la historia del periodismo, sobre todo el decimonónico; pero estas narraciones, en su inmensa mayoría escritas a mediados del siglo XX, responden a lo que llamamos "Historia Tradicional", lo cual sí bien no es en sí malo, desde ya nos acusa alguna desfase con los paradigmas actuales. No se trata de desdeñarse de la historiografía del periodismo existente. Antes por el contrario, recalcamos que pesar del descrédito y la connotación peyorativa en que cayó cualquier cosa calificada como "historiografía tradicional", sobre todo a raíz de la famosa conferencia dictada en la Universidad Central de Venezuela en 1956, por el entonces joven y aún polémico José Luis Salcedo-Bastardo⁴, con la que principió su desgracia; ya hoy debemos ser más mesurados al evaluarla. En primer lugar, esa historia cumplió con las funciones y las expectativas de quienes la hicieron y la consumieron en su momento, como se ve sobradamente con las historias del periodismo que tenemos; en segundo lugar, al describirnos y narrarnos los hechos del pasado, puso las bases y aportó la información indispensable para el análisis de los procesos que se intentan hoy; y en tercer lugar, hasta entonces, toda la historiografía, de Herodoto en adelante, era más o menos así, como la describe Salcedo-Bastardo: centrada en lo político, en las guerras, en los "grandes hombres"; podríamos agregar que más preocupada por describir y por narrar, que por entender y analizar.

El problema radica en que a medio siglo de todo aquello, los muchachos de las Escuelas de Comunicación Social prácticamente siguen estudiando sólo por esos libros, cuya vigencia, más allá de hablar de su calidad y de la importante información que aportan, acusa de igual modo la casi inexistencia de obras posteriores. Y precisamente por eso, por haber sido escritos bajo paradigmas ya superados, su afán narrativo, su regodeo en fichar y fichar publicaciones, que si bien nos dan una catarata de datos sin los cuales –hay que reconocerlo– hoy no pudiéramos trabajar, acusa la gran disparidad que hay entre lo que ellos aportan y lo que la ciencia histórica contemporánea plantea. Ya en 1950, en la presentación al más importante de estos manuales, Pedro Grases escribía:

4. José Luis Salcedo-Bastardo, "Críticas a la Historiografía Tradicional", en: G. Carrera-Damas, *Historia de la Historiografía Venezolana (Textos para su estudio)*, Tomo III, Caracas, UCV, 1997, pp. 207-218.

“La Escuela de Periodismo de la Universidad Central de Venezuela inicia con este volumen la publicación de los datos indispensables para emprender algún día la historia del periodismo. Por el momento la finalidad perseguida no es más que la de proporcionar el material de consulta para una futura obra orgánica y evolución de la prensa periódica venezolana.”

En el presente artículo no intentaremos, ni mucho menos, hacer esa historia orgánica. Sólo se trata, primero, de evaluar lo que se tiene, clasificar la obra escrita, ponderar sus alcances; y después de ello, segundo, se tratará de proponer algunas líneas de investigación dentro de la que, acaso en contraposición de la Historia Tradicional, se ha llamado últimamente la *Nouvelle Histoire*, como caminos a seguir para la estructuración de una Historia de los Medios de Comunicación que, sin renunciar al legado de las viejas y nobles historias del periodismo, puede abrir nuevos horizontes, sobre todo entablando un diálogo nutritivo con las cosas que los comunicólogos han venido produciendo y que estamos obligados a leer.

Por último es necesario apuntar que el grueso de estas reflexiones es producto del trabajo académico que desarrollamos al frente de la cátedra Historia de Venezuela y Medios de Comunicación, en la Escuela de Comunicación Social de la Universidad Católica Andrés Bello, entre 1997 y 1999; así como del diálogo con algunos investigadores del Instituto de Investigaciones de la Comunicación (ININCO), de la UCV, en especial con el colega Bernardino Herrera, quien ha centrado sus esfuerzos intelectuales en la configuración de una *historia social de la comunicación*, que sustituya a las narraciones e inventarios de las historias del periodismo tradicionales. Tanto a Bernardino como a quienes fueron nuestros alumnos debemos expresarles nuestro agradecimiento.

2. El Periodismo y la Historia

La profunda historicidad de los medios de comunicación radica en su naturaleza misma: ellos son quienes primero registran los hechos que después serán historiados. No

5. Pedro Grases (Comp.), *Materiales para la Historia del Periodismo en Venezuela durante el Siglo XIX*, Caracas, UCV, 1950, p. XIII.

en vano, las fuentes hemerográficas se encuentran entre las principales de las investigaciones históricas contemporáneas, así como las Hemerotecas representan unos de los fondos documentales más importantes con los que contamos los investigadores (de hecho, en Caracas la Academia Nacional de la Historia administra una de las más importantes del país). Además, y esto es muy importante, cada día se demuestra de forma más clara que el periódico no sólo es fuente, sino también actor de la historia, por el impacto y la influencia que este "cuarto poder" (la frase es del siglo XIX) tiene sobre los colectivos.

Y si esto fue así con el periódico, en lo que McLuhan llamó "era alfabética", cómo lo será ahora en la "electrónica", cuando la reproducción de los saberes se ha hecho tan masiva y veloz, que interconectando al mundo entero en una nueva realidad, la virtual, el espacio mediático nos hace a todos espectadores de la historia que en ella no sólo se registran, sino que en muchos casos francamente se lleva a cabo. Es decir, ya no sólo las ideas publicadas en la prensa, como el "Discurso de Angostura", aparecido en el "Correo del Orinoco", o el famoso editorial "Sembrar Petróleo", publicado en "Ahora" por Arturo Uslar Pietri; o los debates -v. g. aquellos famosos de Juan Vicente González y Antonio Leocadio Guzmán- publicados por los periódicos; o las ricas informaciones de usos, costumbres, problemas, cosas de otros tiempos recogidos en sus páginas, han de llevar al historiador ante los medios. Ahora ya los medios, de reproducir noticias, han pasado a serlo.

En efecto, asistimos a un claro desplazamiento de lo político -y pronto también lo económico y lo cultural- de los lugares públicos a los no-lugares virtuales, mediáticos. Aunque aún no hay plena consciencia histórica de ello, pocas revoluciones civilizatorias han encerrado tantas posibilidades de transformación. "Todo parece indicar que en la civilización de las redes mediáticas, los representados no se estiman como tales y hay un desplazamiento de las instituciones tradicionales, de los espacios de consenso y hasta de la experiencia participativa" hacia esos lugares mediáticos⁶. Hay, en consecuencia, unos nuevos escenarios de la historia que se encuentran en las redes mediáticas, en la televisión, la internet y la radio. Hay actores sociales nuevos que nacen de esas redes, cuya influencia en

6. Juan Barreto, *Los Medios de los Medios*, Caracas, UCAB, 1995, p. 245.

la cultura es cada vez más definitoria, de los Beatles a Reagan; y sobre todo hay hechos que objetivamente se producen en ellas e impactan a toda la sociedad: lo que la gente ve en la televisión objetivamente acaece en su vida y la influye.

Por ejemplo la guerra de Vietnam no fue sustancialmente peor que cualquier otra guerra moderna, pero como la gente la vio en la televisión, la sintió en sus hogares, objetivamente se convirtió en otra cosa, en un símbolo muy concreto y generó una consciencia de pacifismo que ninguna de las otras cotidianas y recurrentes matanzas que solemos practicar los humanos cada cierto tiempo, había generado. De hecho, EEUU perdió la guerra por falta de apoyo del pueblo y desde entonces —las Malvinas fueron el primer ejemplo— se trata de dejar a los periodistas lejos de la línea de combate: que la gente se entere de ellos por los relatos de los veteranos. O lo que es lo mismo, que en realidad no se entere.

También las cosas que se dicen en los medios tienen un impacto infinitamente mayor a cualquier cosa dicha por un orador anteriormente. ¿Cuántos romanos oyeron, tal vez siquiera se enteraron, de la disertación de Séneca contra Catilina? ¿Cuántos alemanes se dejaron seducir por las histriónicas modulaciones de la voz de Hitler? La dimensión de las respuestas nos dan la del fenómeno: infinitamente muchos más. Y la gente lo percibe directamente así: “lo dijo en la televisión”, “lo vi en la televisión”. Es decir, objetivamente hay nuevo escenario para la historia en la TV, en la radio, y eso hay que tomarlo en consideración. Por eso, cuando los historiadores Haydée Miranda, Hasdrúbal Becerra y David Ruíz Chataing compilaron los *Documentos Fundamentales de la Historia de Venezuela, 1777-1993*⁷, no tuvieron problema alguno en incorporar tres alocuciones televisivas, que si bien no sabemos hoy si a la postre serán de verdad tan “fundamentales” para la historia del país como la Real Cédula de San Ildefonso del 8 de septiembre de 1777, que creó Venezuela, sí parecen serlo para la historia inmediata: el mensaje de rendición de Hugo Chávez Frías el 4 de febrero de 1992, el discurso que el mismo día dio ante el Congreso Rafael Caldera, y el discurso de Carlos Andrés Pérez al entregar el poder en 1993. De estos tres hechos, quedémonos con el que parece ser más definidor, el de Chávez. Los breves instantes en los que pudo proferir su célebre “Por ahora”. Objetivamente, eso no pasó solamente en el lugar en el que lo estaban filmando. Pasó en todo el país al mismo tiempo.

7. Caracas, Libros de El Nacional, 1999, 247 pp.

Todos los venezolanos éramos espectadores de un mismo hecho reproducido por cada uno de nuestros televisores. Ahí está la naturaleza de su impacto.

Y aunque Miranda, Becerra y Ruíz Chataing no lo hayan recogido en su compilación, hay otro hecho similar en nuestra historia de iguales e incluso mayores significaciones: la primera alocución a la nación que en diciembre de 1935 hizo el General Eleazar López Contreras. No se trató sólo del primer acto concreto y contundente de su espíritu democrático –le hablaba al pueblo, es decir, le interesaba convencerlo, cosa que a Gómez jamás se le ocurrió–, sino que además fue, como muy bien lo ha señalado Bernardino Herrera⁸, el primer hecho histórico que integró a todos los puntos de Venezuela en un mismo momento. Por primera vez zulianos y andinos, caraqueños y margariteños, participaron al mismo tiempo de un proceso que los unió en un solo porvenir. Por esto, aventurar la hipótesis de que la radio, y antes el telégrafo, coadyuvó eficientemente a la integración del país en el siglo XX, se nos muestra verdaderamente atendible.

Este hecho de López Contreras y el inicio del uso de los medios audiovisuales, sobre todo del noticiario cinematográfico, con fines propagandísticos, ya se ha ganado por lo menos una buena monografía⁹, la cual nos habla a los historiadores de otras gramáticas discursivas a incorporarse en nuestro trabajo. Lo audiovisual, bien como fuente, bien como discurso histórico *per se*, se presenta en el futuro inmediato como un espacio ineludible de investigación. Además, el análisis del discurso audiovisual, la semiótica de sus contenidos simbólicos, tan importantes para la configuración de las mentalidades contemporáneas, más temprano que tarde tendrá que entrar a la investigación histórica.

Por todo esto, se puede afirmar que con los medios de comunicación bien podríamos decir lo que la sociología jurídica dice del Derecho: que son producto y que es factor social. Lo son porque “influye y es influido concretamente por cada uno de los diversos fenómenos sociales. No puede modificarse la economía, la religión o la cultura de un

8. Comunicación personal, Caracas, julio 1999. Yolanda Segnini, en su estudio *Los Caballeros del Postgomecismo*, Caracas, Alfadil Editores, 1990, hace una ponderación bien interesante del papel de la radio en el proceso de democratización iniciado en 1936.

9. Ada Hernández Domínguez, *...Y vimos al "Ronquito" hablar, noticiarios cinematográficos del MOP en tiempos de López Contreras*, Caracas, Fundación Carlos Eduardo Frías, 1997.

pueblo, sin que se modifique su Derecho. Al mismo tiempo, no puede cambiarse la estructura jurídica de una sociedad cualquiera, sin que ese cambio provoque mutaciones en los distintos y variados aspectos de la vida colectiva¹⁰.

Cámbiese el término derecho por el de medios de comunicación, y la idea mantiene su esencia. Esta naturaleza dialéctica de los medios, esta bidireccionalidad, ha sido, en unos momentos más y en otros menos, importante en el devenir de la historia, pero en todos los casos es muy susceptible de tomarse en cuenta. Hay, incluso, comunicólogos que llegan al extremo de afirmar que las formas de comunicación determinan la fisonomía de una sociedad. Es así como Marshall McLuhan dividió la historia de la humanidad en "modos de comunicación", del mismo modo que los marxistas la dividieron en "modos de producción". Uniendo estas dos cosas, los historiadores españoles Enric Bordeira, Antonio Laguna y Francesc A. Martínez, elaboraron una interesante propuesta desde el materialismo-histórico. Así, estos historiadores hablan de una comunicación primitiva, de una esclavista, de una feudalista y de otra capitalista¹¹.

No obstante, en todo caso, "la concepción 'medios de comunicación de masas' (*mass communications*) sólo responde al sentido de la comunicación social moderna a partir de la existencia de auténticos medios de comunicación y de auténticas masas intercomunicadas"¹², todo lo cual implica: la existencia de una fuente de noticias, un sistema de transmisión de noticias, unos polos de recepción y transmisión y receptores que hayan planteado una demanda de información¹³. Y estas circunstancias no vinieron a darse hasta el advenimiento del capitalismo, de la modernidad.

El aumento de la intensidad, la frecuencia y el volumen de intercambios económicos con regiones lejanas, así como los vaivenes del mercado, generó la necesidad de obtener más y mejores informaciones. Así nace el periódico que, en este sentido, es "una categoría histórica"¹⁴, ya que es fiel producto de la burguesía y sobre todo de su tiempo. En primera

10. Rafael Caldera, *Apuntes de Sociología Jurídica*, Maracaibo, Juris-Mar, 1985, p. 10.

11. Bordeira, *Op. Cit.*, p. 20.

12. M. Vázquez Montalbán, *Op. Cit.* p.11.

13. *Ibid.*

14. Bordeira, *Op. Cit.* p. 17.

instancia, de la condición *sine quam non* de la invención de la imprenta de tipos móviles por Guttemberg, que permitió la reproducción en masa de mensajes; en segundo lugar, de la expansión de la alfabetización, impulsada por la Reforma protestante; y en tercer lugar, de la burguesía *per se*, interesada en obtener cada día más informaciones por la dinámica propia de sus actividades comerciales.

Así nace en 1609 el "Aviso Relatio oder Zaitung", de Stuttgart, editado por Johannes Carolus, con información comercial, primer periódico moderno después de las Gacetas venecianas de un siglo atrás, también escritas en función de intereses comerciales. En 1702, con "The Daily Courant", de Londres, se inicia el diarismo. Posteriormente con la Ilustración, al fin y al cabo la filosofía de la burguesía ascendente, que planteaba que a través de las luces (el conocimiento) se habría de llegar a la felicidad del hombre, obviamente que impulsará a los medios: quién mejor que ellos para difundir la luz y además dar precisas informaciones del mercado. Y así los periódicos se convirtieron en los adalides de la construcción de las nuevas consciencias políticas y sociales, sobre todo la más definitiva de esa etapa, el sentimiento nacional, suma y cifra de la unidad de integración social del capitalismo: el Estado Nacional.

La introducción de la imprenta y la consecuente impresión de un periódico en Caracas en 1808, es prueba fehaciente de ello. Sostenemos que esta introducción de la imprenta y la aparición de la "Gaceta de Caracas" fueron los últimos eslabones de la cadena de hechos que desde hacía casi un siglo desarrollaban en la sociedad colonial, preparando el terreno para la configuración de una nacionalidad y, fundamentalmente a partir de 1830, de un Estado Nacional atado en torno a Caracas¹⁵. A la unión comercial de las provincias *panvenezolanas*¹⁶ con la Compañía Guipuzcoana en 1728, siguieron la unión fiscal con la creación de la Intendencia en 1776, la militar y político-administrativa con la Capitanía General en

15. Sobre el tema, se recomienda el trabajo de Omar Galíndez, "Nación, Autonomía y Proyecto Nacional en la Venezuela de 1826-1830", en: *Tiempo y Espacio*, N° 19, enero-junio 1993, pp. 9-28.

16. Santiago-Gerardo Suárez definió como tales a aquellas que a partir de 1777 pasaron a formar parte de Venezuela: Maracaibo-Mérida, Nueva Andalucía, Guayana, Margarita y Trinidad. Vid. Suárez, "Instituciones Panvenezolanas del Período Hispánico", en: Pedro Grasses (Coord.), *Los Tres Primeros Siglos de Venezuela, 1498-1810*, Caracas, Fundación Mendoza, 1991, pp. 279-378.

1777, la judicial con la Real Audiencia en 1786, la religiosa con el Arzobispado en 1803 y finalmente la cultural con la "Gazeta" en 1808.

La imprenta no se hubiera traído si una élite ilustrada y enriquecida no hubiese pujado para ello, a través de instituciones como Real Consulado y de hombres como Miguel José Sanz; pero del mismo modo, esa imprenta rápidamente se convertirá en el espacio común de esa élite, en la "comunidad imaginada", como Benedict Anderson llama a la nación. De hecho, este teórico, el más importante en la actualidad en el tema, a la hora de preguntarse las causas del surgimiento del sentimiento nacional en América Latina a principios del siglo XIX, se detiene precisamente en el caso venezolano y le atribuye a la "Gazeta" un rol que hasta el momento nadie le había dado:

"¿Cuáles fueron las características de los primeros periódicos norteamericanos, ya fueran del Norte o del Sur? Se iniciaron esencialmente como apéndices del mercado

Las primeras revistas contenían -aparte de noticias acerca de la metrópoli- noticias comerciales (cuándo llegarían y zarparían los barcos, cuáles eran los precios de ciertas mercancías en ciertos puertos), además de los nombramientos políticos coloniales, los matrimonios de los ricos, etc. En otras palabras, lo que reunía en la misma página *este* matrimonio con *aquel* barco, *este* precio con *aquel* obispo, era la estructura misma de la administración colonial y propio sistema de mercado. En esta forma, el periódico de Caracas creó, en forma enteramente natural y aun política, una comunidad imaginada entre un conjunto específico de lectores a quienes interesaban *estos* barcos, bodas y precios. Con el tiempo, por supuesto, era de esperarse que intervinieran elementos políticos"¹⁷.

Que la prensa haya coadyuvado eficientemente a la configuración de los sentimientos de nacionalidad, no debe extrañarnos. Sobre todo a partir de 1826, cuando el deseo de separarse de Colombia manifestó la definitiva asunción de un sentimiento de nacionalidad venezolano, que en la prensa de Caracas fue donde se manifestó de forma primera y más intensa: que frente a "El Colombiano", defensor de Bolívar, se erigiría "El Venezolano", enemigo del Libertador. Los títulos de estos periódicos caraqueños lo dicen todo. La prensa

17. Benedict Anderson, *Comunidades Imaginadas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1997. p. 97.

y el sentimiento nacional son expresión de la modernidad, y uno de los prerequisites básicos para este sentimiento es la difusión de una lengua común, preferiblemente borlada de importantes creaciones literarias –recuérdese que Dante creó el italiano, y que el italiano creó a la nueva Italia– pero que a la hora de extenderla a todos los sectores, es la prensa, después de la escuela, una de sus grandes difusoras.

Así pues vemos que la prensa, que los medios en general, no sólo son producto de las condiciones de su momento histórico, sino que además ayudan a forjarlo, al punto de llegar a considerarse al periódico como una "categoría histórica" del capitalismo y la modernidad. Por ambas cosas, su lectura por los historiadores se muestra urgente, no sólo como fuente, sino como espejo de procesos complejos y profundos. Todo análisis histórico que se le haga deberá, por lo tanto, partir de esto, trascendiendo la simple narración o la simple enumeración de periódicos, que tradicionalmente se ha hecho y que no es –ya lo dijo Grases en 1950– sino el primer paso para una interpretación orgánica del devenir de nuestros medios a través del tiempo.

3. Las historias del periodismo en Venezuela

En general, la historiografía venezolana se ha ocupado de los medios de comunicación de dos maneras: como fuentes documentales o haciendo en concreto historias del periodismo, género historiográfico que en ha tenido bastantes cultivadores. Habría, en menor grado y ya asociado a los medios audiovisuales, una tercera vertiente testimonial, producida por quienes han trabajado en ellos o por las empresas del ramo. En todo caso, por lo general el fenómeno comunicacional se estudia por separado del resto de la historia, o tan sólo recibe algunas pinceladas, salvo en la etapa en la cual la historia del periodismo se confunde con la "grande historia", aquella que va de 1840 a 1846, la que correspondiente a la vida de "El Venezolano", cuando la efervescencia política del momento halló en la prensa y en los periodistas –Tomás Lander, Antonio Leocadio Guzmán, Felipe Larrazábal, Juan Vicente González– a muchos de sus principales actores.

Por todo eso, la historiografía que en realidad existe como tal sobre nuestros medios es la del periodismo impreso, lo cual se debe a varias cosas muy significativas, todas asociadas al desarrollo de la ciencia histórica del país y, en particular, a las condiciones en el medio de las cuales fueron escritas estas historias del periodismo. La primera, que los periódicos fueron prácticamente los únicos medios que tuvimos hasta la llegada de la radio en 1926, si exceptuamos al telégrafo, al cine y al teléfono, los cuales, para más, no se consideraban en realidad parte del fenómeno comunicacional: de hecho, en 1946 lo que se funda es una Escuela de Periodismo, no una de Comunicación Social, como se llama ahora, preocupada en formar reporteros, no hombres para la radio o para el cine, y será en función de esa escuela que se estructuran los primeros manuales orgánicos sobre la materia.

La segunda se refiere a que los periódicos fueron, además, los que representaron por mucho tiempo el lugar por excelencia para el debate público, espacio que la radio y la televisión no vinieron a ocupar sino hasta mucho después, y la historia para el momento sólo se refería a los grandes acontecimientos públicos, asociados a la política, la guerra y en menor medida el arte y la literatura, todo lo cual se recoge, incluso hoy, preferentemente en la prensa escrita. Y esto nos lleva a un tercer y *last but not least* punto, el específicamente historiográfico. Para la "historia tradicional" los periódicos eran, a diferencia de otros medios tan "intrascendentes" como el cine y la radio, los únicos que podían tener temas y personajes susceptibles de ser historiales: Bolívar, Guzmán, la Magna Gesta, en fin, la "grande historia"; hubo que esperar a las nuevas vertientes de la historia de la cultura y a que el tiempo demostrara su trascendencia, para que los medios audiovisuales comenzaran a interesar a los historiadores.

El texto más ilustrativo de todo esto es la compilación de trabajos hecha en 1950, bajo la supervisión de Pedro Grases, precisamente por la entonces Escuela de Periodismo de la Universidad Central de Venezuela, *Materiales Para la Historia del Periodismo en Venezuela*¹⁸. Este libro trae una impresionante selección de textos elaborados tanto en el siglo XIX como en la primera mitad del XX, tanto trabajos de historia del periodismo en toda Venezuela como, vertiente muy común hasta hoy en día, en las distintas regiones del país.

18. *Op. Cit., vid supra*

Observando rápidamente los títulos de los trabajos decimonónicos, aprehendemos de inmediato los temas y problemas fundamentales que desde entonces seguirán, hasta la actualidad, los historiadores de la prensa venezolana. Con base en ellos, propondremos una caracterización de nuestra historia del periodismo, definida por sus tres grandes ejes temáticos y por sus tres grandes etapas.

Los famosos artículos de Manuel Segundo Sánchez¹⁹, "La Prensa Periódica en Venezuela", y de Eloy G. González, "Informe sobre el periodismo en Venezuela", abren el volumen²⁰, y nos muestran desde el primer momento una las principales líneas matrices de todos estos estudios: el claro afán enumerativo de los periódicos existentes en Venezuela desde la "Gazeta" hasta el momento en que fueron escritos estos trabajos. En efecto, con una suerte de verdadero espíritu actuarial, los primeros historiadores de nuestra prensa se dieron a la tarea de enumerar en largísimas listas a todos los periódicos antiguos de los que tuvieran noticias. De hecho, si quisiéramos determinar un *primer gran eje temático* de nuestra historia del periodismo, lo encontraríamos precisamente allí: en las listas de relación de los periódicos desaparecidos de nuestra patria.

Esto fue en su momento completamente necesario, y es el día de hoy completamente valioso. En un país donde la memoria es frágil incluso con las cosas aparentemente más imperecederas, algo que por su propia naturaleza está destinado a cumplir la efímera tarea del día a día, como lo son los periódicos, corre un peligro todavía mayor de caer en el más completo olvido. Y si a esto le sumamos la inexistencia de colecciones hemerográficas completas hasta casi finales del siglo XX, o de la catalogación de las pocas que había, junto al hecho de que a lo largo de todo el siglo XIX aparecieron innumerables periódicos y periodiquitos que en no pocas ocasiones no pasaron del tercer número y que en bastantes eran hasta manuscritos, el solo trabajo de indagar –en un principio, incluso en colecciones

19. Manuel Segundo Sánchez (1868-1945), es el más importante de los bibliógrafos venezolanos. Director de la Biblioteca Nacional, en 1914 publicó su ineludible *Bibliografía Venezolanista*, inventario y testimonio de el arte de la imprenta en nuestro país a lo largo de un siglo. Creó el término "incunables venezolanos", para aquellos impresos realizados en el país entre 1808 y 1821. Su impresionante biblioteca personal fue adquirida por la universidades de Harvard, Northwestern (Illinois) y Chicago.

20. Grases, *Op. Cit.*, pp.5-46

privadas— y organizar, cronológica y geográficamente como lo hizo Eloy G. González para su artículo de 1895, toda esa tradición periodística, es verdaderamente meritorio.

Y esto nos lleva a otra cosa. Los primeros estudios de historia del periodismo fueron un esfuerzo esencialmente bibliográfico —ya se hablará después de esto— de ubicar la obra, clasificarla según sus datos, organizarla según algún criterio entonces todavía no muy técnico, y ponerla a disposición de los interesados. Por supuesto, cuando en la actualidad cotejamos estas listas con los catálogos que tenemos en la Hemeroteca Nacional, en algunas bibliotecas del interior, como la Febres Cordero de Mérida, o en la de la Academia Nacional de la Historia, vemos cuán incompletas eran; pero sin ellas, que abrieron el camino, sencillamente lo otro no hubiera podido construirse.

Al espíritu actuarial de estos primeros historiadores podemos sumar un *segundo gran eje temático*: el de la fascinante historia de la introducción de la imprenta en Venezuela. De hecho, los siguientes trabajos que hallamos en la compilación que nos ocupa se refieren a esto. “Datos Generales sobre la Imprenta, el Periodismo y la Litografía en Venezuela” (1908), de Manuel Landaeta Rosales y Víctor M. Ovalles²¹; “Imprentas Libertadoras de Venezuela, 1806 a 1821”, de Tulio Febres Cordero (1920)²²; “La Imprenta en Venezuela durante la Colonia y Revolución”, de Aristides Rojas²³. La trascendencia de la muy tardía introducción de la imprenta a nuestro país (1808) ya la hemos señalado más arriba. Si hasta teóricos como Anderson lo han estudiado, qué esperar de nuestros historiadores, sobre todo los del siglo XIX y principios del XX, cuando el valor de la imprenta se percibía muchísimo más que ahora, asociándola con la fuente de luz y el progreso, entendido entonces como el sentido de la historia. Además, para todos los intelectuales venezolanos de la época, el problema de la Libertad de Imprenta, con el que equivalían automáticamente a la Libertad de Expresión, era una aspiración por la cual no pocos problemas habían sufrido: la llegada de la imprenta a nuestra tierra, entonces, se entendía, no sin bastante razón, como el inicio de las libertades fundamentales de los venezolanos. Por eso no tiene absolutamente nada de

21. *Ibid.* pp. 47-50.

22. *Ibid.* pp. 51-54.

23. *Ibid.* pp. 118-129.

extraño que en torno a este tema se haya suscitado uno de los debates historiográficos más intensos y que más impacto han tenido en la población de nuestro país. Un caso lo demuestra muy bien, el del libro de Joseph Luis Cisneros, en el que merece la pena detenerse un poco.

En efecto, con el redescubrimiento del libro de Joseph Luis de Cisneros, *Descripción Exacta de la Provincia de Benezuela* (sic), Valencia, MDCCLXIV, a finales del siglo XIX, se levantó todo un revuelo en torno a la posibilidad de que mucho antes que en Caracas, en nuestra Nueva Valencia del Rey haya habido una imprenta. “Investigadores de tanta calidad como don Manuel Segundo Sánchez, José Toribio Medina, Arístides Rojas, Charles Leclerc, Antonio Palau Dulcet, Manuel Serrano y Sanz, José Eustaquio Machado, Francisco González Guinán, Santiago Key-Ayala, Enrique Bernardo Núñez, Julio Febres Cordero G., Vicente de Amenázaga, Ismael Puerta Flores, y algunos más dedicaron bastantes vigiliass al intento de esclarecer el problema”²⁴. Aunque en uno de los estudios más hermosos y enjundiosos que sobre el tema podamos leer, Pedro Grases²⁵ demostró con suficiencia que no se trató en modo alguno de la capital del Estado Carabobo, esto no le resta ni un ápice de fascinación al tema: la aventura por traer una imprenta, su asociación a los proyectos libertadores de Miranda y de Bolívar, la explosión libertaria de los periódicos de la Primera República, el romántico proyecto de “El Correo del Orinoco”; demasiado heroísmo, demasiada magia, demasiado compromiso con las causas más nobles hay en nuestras primeras imprentas, que traídas junto a los pertrechos del Ejército Libertador, operadas por extranjeros soñadores (Gallagher, Lamb, Roderick) y perdidas en desiertos o en selvas echaron a andar el periodismo por nuestras tierras, como para que nuestros historiadores no se detuvieran en ellas.

24. Pedro Grases, “El Pleito del Lugar de Impresión del Libro de Cisneros”, *Escritos Selectos*, Biblioteca Ayacucho, 1989, p. 209.

25. *Ibid.* 209-218. Ampliando sus estudios sobre el tema, el mismo autor logró reunir dos volúmenes de sus *Obras Completas*: el 8, titulado *La Imprenta en Venezuela. (I Estudios y Monografías)*, Caracas-Barcelona-México, Edt. Seix Barral, 1981, 570 pp.; y el 9, *La Imprenta en Venezuela (II Estudios y Monografía)*, Caracas-Barcelona-México, Edt. Seix Barral, 1982, 502 pp. De todos modos, es importante recalcar que el grueso del volumen 8 corresponde a una de sus obras más importantes: *Historia de la Imprenta hasta el Fin de la Primera República*, publicada inicialmente en Caracas por la Presidencia de la República, en 1967.

Y hablando de todo esto, encontramos el *tercer gran eje temático* de nuestra historia del periodismo: el periodismo de la época de la Emancipación. Para la Historia Tradicional, por algo también llamada Historia Patria, el elemento definidor de nuestro devenir es la Magna Gesta, que identificaban con la creación de nuestra patria. A tal punto se insistió en esto que libros, cuadros, monumentos, discursos y manuales escolares llegaron a convencer a los venezolanos de que antes y después de Bolívar, en realidad no había historia que valiera la pena estudiar. En consecuencia, habiendo Bolívar escrito insistido en el valor de la imprenta y los periódicos para el triunfo de la independencia; habiendo impulsado empresas periodísticas tan maravillosas como la de “El Correo del Orinoco”; y habiendo hasta incluso escrito él mismo algunos artículos, es lógico que a esto se dedicara lo fundamental de la historia de nuestro periodismo.

Sólo lo hecho por Antonio Leocadio Guzmán con “El Venezolano”, o la labor editorial y escritural del gran Juan Vicente González, pueden cotejarse con la valorización que reciben los periódicos de nuestra Independencia. Esto, claro, tiene también otras razones más allá de los postulados de la Historia Patria. Antes que nada, aquéllos periódicos —“El Mercurio”, “El Patriota de Venezuela”, el “Semanario de Caracas”, etc— representaron en sí una verdadera revolución tanto por las ideas que defendían como por el hecho mismo de iniciar la libertad de imprenta en nuestro país, en una de las rupturas más significativas con el pasado colonial. Además, cuando se comparan los fines excelsos que fungían de banderas para un Vicente Salías o para un Manuel Palacio Fajardo, con lo que empezó a escribirse después de 1821, se genera la ilusión, extendida a todos los demás procesos del momento, de yuxtaponer cantos épicos con el comadreo rastacuero de muchos periódicos posteriores, es imposible no exaltar a unos y obviar a otros, en una actitud que si bien ya la historiografía contemporánea detesta, se explica plenamente.

Sin embargo, tanto en el estudio de la imprenta como en el de los periódicos de la emancipación, el espíritu de estos investigadores era el mismo *bibliográfico* del primer eje temático: ubicar y organizar lo que había. Por ello, a esta primera generación de historiadores de la prensa, que se inicia con Aristides Rojas y termina con Manuel Segundo Sánchez, que hizo las primeras listas y clasificaciones, y las publicó en sueltos en diversas revistas, más preocupada como estaba por hacer estudios bibliográficos que historia *strictu sensu*, la

podemos catalogar, ya haciendo una historia de la historiografía de nuestro periodismo, como *etapa bibliográfica* (1880-1950).

A esta le seguiría una segunda etapa, que hemos convenido en llamar *histórico-documental*, que arranca hacia 1940 y está definida por la creación de la Escuela de Periodismo en particular y de la Facultad de Humanidades de la UCV en general. Van a ser ahora académicos, de sólida formación teórica y metodológica, asociados a esa expansión educativa y cultural que se da a partir de 1936 y que tiene en el Instituto Pedagógico y en la llegada de exiliados republicanos españoles su centro. Estos intelectuales crearán para 1950 una pequeña comunidad científica en la Universidad Central y su recién fundada Facultad de Filosofía y Letras (hoy Humanidades y Educación), especialmente, para nuestro caso, en la Escuela de Periodismo y en el Instituto de Investigaciones de la Prensa.

En sus obras van a trascender lo específicamente bibliográfico, y si bien se mantienen fieles a los ejes temáticos que los precedieron, los van a reelaborar sobre la base de una investigación documental y de una crítica histórica científica y rigurosa. Cuatro personajes se distinguen aquí: Mariano Picón Salas, José Ratto-Clairo, Julio Febres Cordero, y el más importante de todos para este tema, Pedro Grases. Valgan algunas notas sobre sus obras, que prácticamente eclipsan todo lo otro escrito sobre el tema para el momento.

Aunque tradicionalmente a Mariano Picón Salas no se le asocia con la historia del periodismo, y aunque él mismo nunca intentó hacer una en sí misma, dentro de su obra encontramos un trabajo que, acaso sin quererlo, se adelanta a todo lo escrito en su tiempo, siendo el primer antecedente concreto de lo que llamamos una historia social de los medios. En efecto, en su *Formación y Proceso de la Literatura Venezolana* (Caracas, 1940), que recoge y elabora los apuntes de sus clases en el Instituto Pedagógico, tal vez sea la más aguda y penetrante de las historias de la cultura venezolana que se hayan escrito hasta hoy. Al inmenso mérito de la límpida prosa que siempre caracterizó al autor, este libro une el de intentar una visión orgánica e integral del proceso cultural venezolano, más allá de los relatos fragmentarios del quehacer literario o del análisis estilístico.

“Al escribir la Historia literaria, el autor no puede olvidarse de los reclamos y la pasión de su tiempo. La historia –ya lo dijo Spengler– no es sino una proyección o la interrogación en

el pasado de los problemas que nos inquietan en el presente. A otros, el sueño difícil y académico de una historia objetiva, fría y tan fiel que parezca una entelequia. No soy —tengo que decirlo— un erudito del siglo XIX, sino un escritor del siglo XX que busca en nuestra literatura uno de los signos del alma histórica venezolana. Al erudito del siglo XIX (por lo menos como solía darse en nuestros países) seguramente le hubiera importado más medir los versos y contar las figuras retóricas de los autores estudiados. Con las normas de un convencional y reglamentado buen gusto, él hubiera repartido sus aplausos y condenaciones²⁶.

Pero como las “pasiones de su tiempo” no lo empujaban a ese tipo de reparticiones, trascendió lo formal para adentrarse en las condicionantes socioculturales que produjeron las obras. Y dentro de ellas, esboza el papel de la prensa, que a lo largo del siglo XIX mantuvo una relación muy estrecha con la literatura, al punto de ser considerada, con razón, en más de una ocasión como su apéndice.

“Antes que llegue en serio la guerra, han circulado con profusión las ideas. Desde 1808, Caracas tiene imprenta. Una *Gaceta*, la de Caracas, satisface desde entonces el deseo de noticias y se llena de graves artículos, como los de Juan Germán Roscio, en que se comparan, desde el punto de vista histórico y jurídico, los regímenes monárquico y republicano (...) Junto a la grave *Gaceta*, que después caerá en manos realistas y servirá de tribuna de delación y de odio a José Domingo Díaz, aparecen entre 1810 y 1811 otros periódicos: *El Publicista Venezolano*, en que escribían Pedro Gual, Vicente Tejera, Ustáriz, García de Sena, Coto Paúl, Guillermo Pelgrón; *El Seminario de Caracas*, redactado por Miguel José Sanz; *El Mercurio Venezolano*, y, por último, el fogoso *Patriota Venezolano*, que servía de órgano a la Sociedad Patriótica y donde se destacan las plumas nuevas de Vicente Salías y Antonio Muñoz Tébar”²⁷.

Esas alusiones, bien que sean muy breves, representan el primer intento serio de imbricar los datos que la vieja historia del periodismo, la bibliográfica, había recogido, con el análisis de los procesos, dentro de los cuales, como se ve, los periódicos adquirirían ahora no un papel lateral, sino uno central.

26. Mariano Picón Salas, *Formación y Proceso de la Literatura Venezolana*, Caracas, Monte Ávila Editores, 1984, p. 11.

27. *Ibid.* pp. 54-55.

"La Opinión Nacional, el primer gran diario cesarista aparecido en Venezuela, el primero en pagar –a veces muy generosamente– las colaboraciones, reúne la plana mayor de los escritores adictos al régimen. Estos encuentran un comentarista y apologista, un crítico de oficio, en el español José Güel y Mercader, que bajo el seudónimo de Hortensio, elogia a Guzmán Blanco y a los escritores que sirven al Gobierno"²⁸.

Es una lástima que Picón Salas no se haya adentrado más en este tipo de análisis. En todo caso, la impronta, el modelo metodológico que nos dejó, nos marcó un glorioso antecedente, un camino a seguir: el del tipo de trabajo que está obligados a realizar con toda esa información aportada por las viejas catalogaciones. José Ratto-Ciarlo, por su parte, sí se adentró. Este personaje, señero en la historia de nuestro periodismo, sí estructuró una obra profusa en este sentido.

A Ratto Ciarlo (1904-1997), hijo de inmigrantes italianos nacido en Lima, cuyos estudios en la Universidad de Génova le hicieron ganar una gigantesca cultura humanística, lo signaba el aura de la leyenda por haber compartido con José Carlos Mariátegui en Italia, colaborando en su mítica *Amauta*. Llegó a nuestro país, exilado, en 1931. A la explosión de 1936 se une con todo su bagaje marxista, y se encuentra entre los fundadores de *El Nacional*, del que sería el primer director de una página de arte en nuestro país, así como entre los primeros egresados de la Escuela de Periodismo. Entregado a la investigación histórica produjo dos obras fundamentales: *Historia Caraqueña del Periodismo Venezolano*²⁹ y *La Libertad de Imprenta Durante la Guerra de Independencia hasta la Batalla de Carabobo*³⁰. Ambas, como se ve, se mantienen en los ejes temáticos ya preestablecidos, pero los revisan a la luz de una historia crítica y documental, ahondando en los datos y profundizando en los análisis.

Finalmente, lo de Pedro Grases merece mención aparte. Su vida es un prolongado ejercicio del intelecto que le regaló a Venezuela una de las obras más ricas y apasionadas sobre su ser. Contemporáneo de Picón Salas y de Ratto-Ciarlo, su biografía se empalma en

28. *Ibid.* p. 114.

29. Caracas, Comisión Nacional del Cuatricentenario de Caracas, c. 1967.

30. Caracas, Biblioteca de Historia del Ejército, 1972.

no pocas cosas con la de ambos. Exiliado por la Guerra Civil Española (nació en Vilafranca de Barcelona, en 1909), llegó a nuestro país en 1938 con sus flamantes doctorados en Filosofía y Letras y en Derecho, para incorporarse al cuerpo profesoral del Instituto Pedagógico de Caracas, lo que lo une directamente al proceso de democratización del que Picón Salas es causahabiente y Ratto-Ciarlo protagonista. Desde el primer momento, y bajo la estimulante amistad del ya entonces muy viejo Manuel Segundo Sánchez, se erige en el continuador de su obra bibliográfica. Desde entonces no ha parado de escribir.

Sus *Obras Completas*, que la editorial Seix-Barral ha venido publicando desde 1979, ya suman dieciocho volúmenes, y del océano de escritos que la conforman podemos delinear por lo menos tres grandes líneas de trabajo: sus estudios bellistas, sus estudios bibliográficos y sus estudios sobre la imprenta en Venezuela. En los dos últimos, sistematizará y profundizará los viejos temas de la imprenta y de los periódicos de la Emancipación, así como abre un nuevo aparte, al dedicarle un trabajo a un impresor e intelectual fundamental en nuestra bibliografía: Valentín Espinal. Su gran aporte, no obstante, radica en la inclusión de fuentes primarias y de textos-testimonios, en el rigor metodológico de su crítica histórica, en el cotejo de datos y opiniones, en una palabra: en el oficio de historiador con el que trabaja. Ratto-Ciarlo es un periodista apasionado por la historia; Picón Salas un agudo pensador, un hábil ensayista; pero Grases es un historiador, hace trabajos de valor historiográfico y de solidez académica tales, que en ello temas tan trillados como los de la imprenta o los de los periódicos del 1811, tantas veces trabajados, tan infinitamente manidos, adquieren abruptamente una dimensión de novedad. Es en realidad un placer la lectura de sus argumentaciones, la descripción de lo que indagó, la solidez de su aparato erudito, que lo ponen entre los mejores investigadores con los que hemos contado en el país.

Además de estos trabajos, hay muchísimos otros textos podríamos acusar en la historia de nuestro periodismo, entre ellos infinidad de ensayos, de monografías regionales -vendrá el día en que habrá que sistematizarlas; de ediciones facsimilares y críticas de la *Gaceta de Caracas*, *El Correo del Orinoco*, *El Cojo Ilustrado*, *El Zulia Ilustrado*, *El Fonógrafo*, *El Semanario de Caracas*, *El Mercurio Venezolano* y *El Publicista Venezolano*; y de otros trabajos globales. No podemos citarlos a todos, pero hay dos que por su valor obligan una líneas finales.

Julio Febres Cordero, investigador del Instituto de Investigaciones de la Prensa, publicó un estudio que en buena medida es la síntesis del estado del arte para un momento para el cual ya la Escuela de Periodismo y las primeras obras histórico-documentales habían cosechado sus frutos: *Historia de la Imprenta y del Periodismo en Venezuela 1800-1831*³¹. El título indica que los temas son los de siempre, cosa que se afianza con la extraordinaria lista de periódicos del siglo XIX que aporta en su segunda edición de 1983³², pero precisamente por eso, por ser acaso la última de una etapa, por su carácter sintético, esta obra es tal vez, sino la mejor de las de su estilo, una de las mejores.

A su vez, Manuel Pérez Vila (1922-1991), también español republicano exiliado, también bibliógrafo y también historiador de las ideas, hará algunos aportes interesantes dentro de su vasta obra sobre la historia del periodismo, cátedra que de paso ejerció en la Universidad Católica Andrés Bello; aportes que marcan el inicio de una nueva etapa. Tres de sus trabajos se distinguen en este sentido: *Las Campañas Periodísticas del Libertador*³³, *La Caricatura Política en el siglo XIX*³⁴ y *Para la Historia de la Comunicación Social*³⁵. Si bien la primera de estas obras se inscribe dentro del espíritu de lo que había venido siendo la historia del periodismo hasta entonces, ya las dos últimas toman otro rumbo.

Un estudio sobre el arte de la caricatura ya nos habla de otras formas expresivas, generalmente asociadas al periodismo, dentro del fenómeno comunicacional, tomadas en cuenta para ser, primero historiadas en sí, y después analizadas a la luz del proceso histórico. Por otro lado, el comenzar a hablar de historia de la comunicación social en vez de solamente del periodismo, también se percibe un cambio muy sustancial en lo que a la percepción de lo que representa la comunicación comenzaba a configurarse entre los historiadores.

La última etapa de la historia de los medios de comunicación habrá de seguir ese camino. Está en ciernes, pero ya empieza a adquirir sus contornos. Una breve descripción de la misma cerrará este ensayo.

31. Caracas, Banco Central de Venezuela, 1974.

32. Caracas, Academia Nacional de la Historia.

33. Caracas, Monte Ávila Editores, 1974.

34. Caracas, Lagoven, 1979.

35. Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1979.

4. *Finale. Historia Social de los Medios*

Ya se dijo que al Lic. Bernardino Herrera, compañero de estudios nuestro e investigador del Instituto de Investigaciones de la Comunicación, ININCO, heredero del viejo Instituto de Investigaciones de la Prensa, de la UCV, le debemos la categoría de "historia social de los medios". Esta sería la tercera etapa que hallamos en la historiografía de los medios de comunicación social venezolanos.

Esta historiografía ha de asociarse en alguna medida a la nueva historiografía, cada día más apartada de la narración y de los temas de la Historia Tradicional –política, Independencia, etc.–, así como a los aportes de la comunicología, que los historiadores de los medios debemos tomar en consideración del mismo modo en que los historiadores económicos le han hecho con la ciencia económica, por poner un ejemplo.

La historia social de lo medios parte todos sus análisis del hecho de que éstos son productos y factores sociales, de tal manera que sin el estudio de sus condicionantes socio-históricas cualquier estudio es, necesariamente, incompleto. Aunque no se trata de hacer decálogos, en el nuevo espectro historiográfico que se abre, podemos señalar cuatro aspectos que desde ya empiezan a caracterizarlo:

1. Toma de conciencia de la importancia de los medios audiovisuales, cine, radio y televisión, fundamentalmente. Los trabajos, ya citados, de Ada Hernández, de Yolanda Segnini y de Haydee Miranda, Hasdrubal Becerra y David Ruíz Chataing, dan prueba de ello.

2. Incorporación de las nuevas líneas de investigación, sobre todo en la historia de la cultura y de las mentalidades. Los medios en sí como factores de transformación cultural, así como su impacto en la vida cotidiana de las personas, son susceptibles de tomarse muy en cuenta. El estudio de Elías Pino Iturrieta, *La Mentalidad Venezolana de la Emancipación* (Caracas, 1971), que inicia en nuestro país el estudio de las mentalidades, le dedica un capítulo entero al análisis de la función de los periódicos en la propagación de las ideas modernas en la Venezuela preindependentista y de los primeros días de la Emancipación.

3. Enlace de la historia de los medios con la historia de lo político y con la historia económica. El trabajo de Mirla Alcibiades, *Publicidad, Comercialización y Proyecto Editorial de la Empresa de Cigarrillos "El Cojo". (1873-1892)* (Caracas, 1997), nos demuestra hasta qué punto la publicidad y la industria editorial son variables desde las cuales pueden comprenderse el funcionamiento de la economía de un país.

4. Ruptura con la temática precedente. Aunque no se niega la posibilidad de reinterpretar los viejos ejes temáticos, se abordan ahora nuevos problemas. Esto ha generado una cierta especialización. Aunque la alta especialización está dando paso a la pluridisciplinaridad, esto no obsta para que los problemas de estudio sean cada vez más específicos, bien que abordados desde distintas ares. El extraordinario trabajo de Morella Barreto, *Un Siglo de Prensa Laboral Venezolana. Hemerografía Obrero-Artesal. 1846-1937*, (Caracas, 1986), así como el ya citado de Alcibiades, es ejemplo fidedigno de esto.

5. A modo de conclusión

La necesaria y fructífera relación de los medios de comunicación con la historia, radica en las naturalezas mismas de ambos. Por un lado, los primeros son actores, factores sociales del proceso histórico, necesarios de ser historiados, sobre todo con el desarrollo de los medios audiovisuales que en su espacio mediático han creado un nuevo escenario para la historia; y por el otro son productos sociales que reflejan las aspiraciones y condicionantes de su momento, constituyendo así una fuente ineludible para el historiador.

Esta doble circunstancia la encontramos claramente marcada en la historiografía venezolana. Si bien dentro de ella los medios no han ocupado un lugar central, sobre todo en relación con el resto de los otros procesos socioculturales, sí han gozado de todo un género historiográfico muy concurrido, el de las historias del periodismo.

Estas historias, centradas en la prensa periódica pero no en el resto de los medios de comunicación, pueden clasificarse en sus ejes temáticos, que son tres; y en sus etapas, que también hemos convenido en dividir en tres.

Según sus ejes temáticos tenemos: 1) la enumeración y clasificación de periódicos; 2) el problema de la introducción de la imprenta; y 3) el periodismo del proceso de Emancipación. Según sus etapas, hallamos una primera, que se inicia en el siglo XIX, a la que denominamos bibliográfica, por su afán de ordenar, inventariar y catalogar los textos existentes o de los que por lo menos se tuviera noticia. La segunda, a la que llamamos histórico-documental, arranca hacia 1940 junto con el desarrollo de instituciones de educación superior humanísticas, y se caracteriza por el uso de la crítica histórica y del respaldo documental en el estudio de lo que se avanzó en la primera etapa; y la tercera, que ya es más o menos otra cosa, a la que denominamos "historia social de los medios", que plantea una revisión tanto en los contenidos como en la metodología, ampliando grandemente el espectro de su área de atención, y generando novedosas y llamativas propuestas que en este momento están en construcción.

En consecuencia, la historiografía de los medios se nos muestra como una rama de la ciencia histórica en expansión, cosa que se muestra con claras perspectivas de profundizarse en la medida en la que la influencia de los medios de comunicación social aumente en la sociedad, así como en la medida en la que la nueva historiografía se abra cada vez más a nuevas fuentes e indagaciones.

De ese modo, aportará cada vez mejores respuestas al hombre contemporáneo y el inmenso impacto que los medios cobran cada día más en nuestra sociedad, encontrará por fin una adecuada respuesta entre quienes cultivamos las artes del Clío.

Bibliografía

ANDERSON, Benedict. *Comunidades Imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México, Fondo de Cultura Económica, 1997.

ALCIBÍADES, Mirla. *Publicidad, Comercialización y Proyecto Editorial de la Empresa de Cigarrillos "El Cojo"*. Caracas, Fundación Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos. 1997.

BARRETO, Juan. *Los Medios de los Medios*. Caracas, UCAB/Fundación Carlos Eduardo Frías/Edt. Planeta, 1995.

BARRETO, Morella. *Un Siglo de Prensa Laboral Venezolana. Hemerografía Obrero-Artesanal 1846-1937*. Caracas, Monte Ávila Editores/Instituto Autónomo Biblioteca Nacional. Caracas, 1986.

BORDEIRA ORTIZ, Eric y otros. *Historia de la Comunicación Social. Voces, Registros y Conciencias*. Madrid, Editorial Síntesis, 1996.

CALDERA, Rafael. *Apuntes de Sociología Jurídica*. Maracaibo, Juris/Mar, 1985.

FEBRES CORDERO, Julio. *Historia de la Imprenta y del Periodismo Venezolano. 1800-1831*. Caracas, Banco Central de Venezuela, 1974.

GALÍNDEZ, Omar. "Nación, Autonomía y Proyecto Nacional en la Venezuela de 1826-1830". *Tiempo y Espacio*. Nº 19/Vol. X. Caracas, enero-junio 1993. pp. 9-28.

GRASES, Pedro. *Escritos Selectos*. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1989.

Materiales Para la Historia del Periodismo en Venezuela. Caracas, UCV, 1950.

HERNÁNDEZ DOMÍNGUEZ, Ada ...*Y vimos al "Ronquito" hablar. Noticiarios cinematográficos del MOP en tiempos de López Contreras*. Caracas, Fundación Carlos Eduardo Frías, 1997.

MIRANDA BASTIDAS, Haydee y otros (Comp.). *Documentos Fundamentales de la Historia de Venezuela. 1777-1993*. Caracas, Los Libros de El Nacional, 1999.

PÉREZ VILA, Manuel. *La Caricatura Política en el siglo XIX*. Caracas, Cuadernos Lagoven, 1979.

Para la Historia de la Comunicación Social. Ensayos. Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1979.

PICÓN SALAS, Mariano. *Formación y Proceso de la Literatura Venezolana*. Caracas, Monte Ávila Editores, 1984.

PINO ITURRIETA, Elías. *La Mentalidad Venezolana de la Emancipación*. Caracas, Eldorado Ediciones, 1991.

RATTO-CIARLO, José. *Historia Caraqueña del Periodismo Venezolano*. Caracas, Comisión Nacional del Cuatricentenario, c.1967.

La Libertad de Prensa en Venezuela durante la Guerra de Independencia hasta la Batalla de Carabobo. Caracas, Biblioteca de Historia del Ejército, 1972.

SALCEDO-BASTARDO, J.L.. "Críticas a la Historiografía Tradicional". En: Carrera Damas, G. (Comp.), *Historia de la Historiografía Venezolana (Textos para su Estudio)*, Vol. III, Caracas, UCV, 1997, pp. 207-218.

SEGNINI, Yolanda. *Los Caballeros del Postgomecismo*. Caracas, Alfadil Ediciones, 1990.

SUÁREZ, Santiago-Gerardo. "Instituciones Panvenezolanas del Período Hispánico". en: Pedro Grases (Coord.), *Los Tres Primeros Siglos de Venezuela, 1498-1810*. Caracas, Fundación Mendoza, 1991, pp. 279-378.

VÁSQUEZ MONTALBÁN, Manuel. *Historia y Comunicación Social*. Barcelona, Crítica, 1997.